

ANDRUYA



500

500

HISTORIA DE UNA OBSESIÓN

¿Qué dirías si te quedasen 500 palabras? 493 para ser exactos. 489 ahora. Te narraría sobre mi obsesión, la de contar las cosas. Te diría que no es algo mío, sino que se me pegó, como se pega un chicle a la suela de la zapatilla o al cabello. Empezó aquel día, con la Pandemia. Regresé a casa, del súper, entré al perro y destapé una cerveza. Las noticias hicieron el resto. Tengo que admitir que siempre fui un poco hipocondríaco: me cruzaba de vereda al pasar por el hospital, trataba de no tocar las puertas de las farmacias y evitaba las reuniones multitudinarias en invierno. Pero bueno, hasta ahí supongo que es algo “normal”. Pero la noche de ayer lo cambió todo en mi pueblo. Y hoy a la mañana el teléfono no paraba de sonar ¿Fuiste al asado? ¿Te sentís bien? ¿Tenés fiebre? No se necesitó mucho más para suggestionarme: los medios nacionales sumando muertos por minuto y mamá llorando por celular. Busqué el alcohol en gel y me froté las manos. “Listo”, pensé, pero me percaté que el virus podría haber caído en las cosas del supermercado, así que tomé un rollo de papel y comencé a limpiar lo que había comprado: un paquete de galletitas, un frasco de dulce, una cajita de caldos, un saché de

leche. ¡Y las verduras! Con las naranjas fue fácil, pero ¿qué hacer con la lechuga? “Bueno, mejor la tiro”, pensé. Limpié bien la mesada. Bastante jabón y un chorro de alcohol. Pero ¿la heladera? Había guardado las compras sucias... ¿Y si el virus seguía ahí? Saqué todo de nuevo y, con mucho cuidado, repasé el interior y la puerta, después volví a retocar: galletitas, dulce, caldos, leche. No quería omitir nada... ¡La cerveza! ¡La pucha, ya me la tomé! Me puse unos guantes y, aunque le quedaba un poco, la tiré a la basura. “Tranquilo, tiene alcohol... no te puede... ¡sí te puede!” Me toqué la frente para sentirme la temperatura. Caminé por toda la casa buscando el termómetro. ¿A dónde está cuando uno lo necesita? En ese momento me percaté de las zapatillas: estuve paseando al virus por toda la casa. Me quité el calzado y lo arrojé en un balde con jabón. “Ya que estoy, me saco la ropa, por las dudas”. Desnudo, tiré todo al lavarropas y me puse a trapear el piso con lavandina. “Después me tengo que bañar” pensaba, cuando recordé que había tocado la T.V. y el celu. Trapito con alcohol. Y a las teclas de la luz. No debía olvidarme de nada. El virus podía estar en cualquier lado. Repasé mentalmente objeto por objeto: ...y de pronto caí en la cuenta: sentado en un rincón de la casa, junto a la estufa, el virus me miraba con sus dos ojos amarillos y un hocico largo, muy largo. Metí al perro en la bañera y, mientras lo llenaba de espuma, empecé a contar: galletitas, dulce, caldos, leche, naranjas, heladera, mesada, zapatillas, ropa, cerveza, TV... ¿Y si soy asintomático?

